El olvido

Lupita Arciga

Capítulo 1

El olvido

Que se murió Chón, el último de los Lucano. Ya estás hasta la coronilla de tantos velorios y entierros. Y apenas es mitad de año. El viejerío enlutado va y viene de aquí para allá. De una cuadra a otra; de una orilla a otra por el pueblo, con sus rezos, veladoras y lloriqueos. Qué más remedio, en un pueblo tan chico como el tuyo y sin mayor entretenimiento, sólo resta ir también de velorio en velorio.

Ya, cayendito la tarde te decides salir de tu casa y pasar por la de Lucano, pa' velarlo un rato. Caminas siguiendo el río de enlutadas y de chamacos relajientos. Imaginas que la mitad del pueblo está en casa de Chón porque la otra, está por terminar el novenario de Brígida. ¡Hum, Brígida! Suspiras. A pesar de haber estado en el velorio, de asistir a la misa de cuerpo presente y atestiguar el entierro, no puedes creer que haya muerto. Fue una de tus primeras novias. La pensaste la elegida por mucho tiempo porque aguantaba, con el estoicismo de una madre, todas tus tarugadas. Pero después, a ti te dio en la madre al salir panzona de Tulio Cota, con quien finalmente se casara. Luego, Quetita Luna te alborotó aquello como Brígida jamás lo intentó siquiera. Sin embargo, ella gozaba de grandes aspiraciones y en cuanto Juancho Gómez, el tendero le mostró la billetera, se fue con él y le parió media docena de hijos. Suman diez en total con los que le diera Lupita, su mujer.

Te sacas de la mente a esas malagradecidas y llegas a casa de Chón. Los hombres se arremolinan en torno a una tina rebosante de cervezas. Tú, ahora eres abstemio, así que no te acercas por ese rumbo. Los chillidos de las mujeres y algunos chamacos tampoco te entusiasman, así que buscas algún pedacito neutral por el lugar, con tal tino que topas casi con las chismosas del pueblo: Tula y Tila, solteronas, lenguas largas tan venenosas que hasta les han dado el mote de víboras. Todos las conocen por él. Preguntan por las señoritas Cepeda, nadie sabe quiénes son; pero sólo mencionar el apodo, hasta toman de la mano al interesado y lo encaminan hacia alguna de sus casas. Sus, porque a la razón tienen cinco en todo el pueblo, ganadas por su negocio como usureras. Tan cerca de ellas te enteras que Lucano jamás pagó un dinero que les debía. No creen que la mujer o los hijos lo hagan porque en todo el tiempo de su enfermedad jamás fueron a verlas para solventarla o pedir más tiempo para pagarla. Notas que hacen un inventario de lo que ven y tasan, a ojo de buen cubero, lo que podría valer la casa.

Te alejas de ellas, asqueado de su usura. Te acercas al cajón. Te quitas el sombrero para contemplar a tu antiguo condiscípulo de la

primaria. El Chón Lucano no era precisamente tu mejor amigo en esos tiempos. Más bien, una piedra rejodida en el zapato. No había día en que no te molestara; en que no te talqueara el rostro con el borrador cundido de polvo de gis; que te metiera el pie para que cayeras y te partieras el hocico; que te descubriera ante todos que estabas enamorado de tu maestra Lichita. Lichita. Tan bonita. Tan prendidita siempre con sus vestidos de algodón. Sus pelos de elote bien agarraditos en su cabecita como de porcelana. Soñabas con ella. Más de una vez y el bruto de Chón te molió tus sueños. ¡Ah! Durante seis años de escuela juntos acumulaste todo tu coraje y después de la entrega de papeles lo dejaste salir, rompiéndole no sólo el hocico, también la nariz y las dos cejas. Jamás volvió abusar de ti, de tu carácter pasivo y tus sentimientos; no profundos ni inspiradores, pero tus sentimientos.

Capítulo 2

Te despides de él. Luego de saber la hora del entierro vuelves sobre tus huellas. A tu casa donde el silencio y la oscuridad te reciben. Nada dices. Nada tienes qué decir, pero al pasar junto a los muebles, las paredes con todas esas fotografías, dejas que tus recuerdos sean los que digan. Cuando la conociste a ella, Brígida, Quetita y las otras, incluyendo a tu maestra Lichita, fueron nada para ti. No te movió aquello no te volvió del revés el seso; pero sí que le dio una buena sacudida a tu corazón. No era una rosa entre cactus ni perla entre vidrio molido, pero sí mujer con más pantalones que tú. Las flores, las serenatas y las cartitas de amor le daban sueño. Le gustaba el tequila, la cerveza bien fría y tumbarle los dientes de un rápido puñetazo a todo el que se propasara con ella, su madre o cualquier mujer. Te costó dos dedos rotos, la nariz desviada y un sinfín de descalabradas conquistarla; pero lo hiciste. Te casaste con ella un 21 de diciembre, con un frío que rasgaba como clavos, pero ella hizo de Noche Buena, Navidad y hasta el fin de año, un verano ardiente. Te parió cuatro hijos, tres enfermaron y murieron. El cuarto… no sabes nada de él desde que ella, tu Petrita cueruda había perdido su batalla contra el cáncer. ¡Ah! La has llorado tanto que ya no tienes lágrimas. Ni para ella ni para los otros, que se han ido tan seguido.

Llueve. Ves llover por la ventana de la cocina. A tu mujer le gustaba la lluvia. Aún con una horrible tormenta eléctrica, se descalzaba y salía a mojarse. Tú no. Tú odias la época de lluvias. Lodo por todas partes, las goteras; tener que subir a los techos y barrer los charcos en ellos. Al primer relámpago te apartas de la ventana. Crees oírla de nuevo, riéndose de ti, llamándote maricón porque hasta dabas chillidos de ratón acorralado en cada latigazo del cielo. El titipuchal de matas y árboles diversos de tu Petrita ya no necesitarán que las rieguen ese día.

La mañana es tan agradable que sales por las calles de tu pueblo, sin importar el lodazal. El viento fresco que corre sacude el exceso de agua en las copas de los árboles; algunos techos chorrean un poco todavía. Los gallos anuncian el arribo de un nuevo día en un eco, que se prolonga de punta a punta de tu pueblo, hasta llegar a la casita de Morales; allá arriba, en el cerro. También vive solo; pero él no es viudo, sino dejado. Y no una, sino cinco veces. El muy bruto no sabe cómo tratar a una mujer. No estás del todo seguro si escuchaste por ahí que ya trabaja a la número seis. Si es así, piensas que la tonta no ha de ser del pueblo. Morales es carpintero. Trabaja la madera como un dios y lo llaman mucho de las ciudades vecinas. Si como acaricia la madera acariciara a una mujer, otra fuera su historia, pero es un bruto hasta con cátedra.

No te encuentras con nadie. Es demasiado temprano y además sábado. Los chamacos no tienen escuela; se quedan dormidos un poco más. Vas a la roca de tu niñez. Te sientas en ella y miras, allí abajo tu

pueblo querido. En la cabeza resuena la voz de tu hijo. Después de dejar a Petra en el camposanto te insistió hasta la rabia que te fueras con él. Tú ni te inmutaste con sus razones a gritos. Nada tienes qué hacer en otra parte. Sabes que éste es tu lugar. Tu principio y tu fin. El cencerro de las vacas hace eco en el ambiente. Por ahí, va o viene Clemente, con sus tres vacas viejas a los pastos. Tú jamás pudiste lidiar con animales como esos. ¿Petra? Ella las ordeñaba a ojos cerrados, hacía quesos y panelas deliciosos y un requesón digno hasta de un gourmet. Cuando cayera enferma tuviste que venderlas. Buen dinero que al poco tiempo ya no existía pues su tratamiento no era barato. Cargas contigo la duda si hiciste realmente todo lo posible por ella.

Capítulo 3

Bajas. Vuelves a casa, a tu rutina diaria de ir por toda ella rumiando tus recuerdos. Los cuartos de paredes altas, muros blancos y techos fuertes, con vigas muy resistentes que han soportado las peores tormentas. De amplios ventanales porque a ella le gustaba tener su casa muy iluminada.

El sol ya no entra como antaño. Tú no lo dejas. Las que dan a la calle están tapiadas con gruesas tablas desde el día en que tu hijo se marchara. ¡Cuántos entraron y salieron de tu casa buscando convencerte de que no te aislaras; de que no te encerraras en tus recuerdos! Muchos. Todos, estás seguro. Pero así como los dejaras entrar, los dejaste salir y no hubo petición, palabras o sermones profundos que te hicieran cambiar de opinión.

Las campanas de la iglesia resuenan en el silencio de la casa. Sales a buena hora para entrar con el cortejo que acompaña a Lucano. No pones atención a los cantos admirando los vitrales. Desde tu niñez te tienen fascinado: las escenas, los colores, el tiempo que no ha hecho demasiados estragos en ellos. Qué lugar tan hermoso y tranquilo. De desearlo, te quedarías en el templo hasta el anochecer, pero no puedes dejar tu casa y tus recuerdos. Allí tienes también muchos y variados. De la mano de la nana Benita, que era quien te traía desde tu tierna edad. La preferías a tu madre, porque ella era la severidad encarnada. No podías distraerte un momento porque luego te desgreñaba de un sopapo fuerte. Así tuvo que ser siempre; la más dura de todas porque no tuvo a su lado a su marido para educarte con amor y comprensión. A él jamás lo conociste. Se desnucó al tirarlo su caballo, mientras iba en busca de la partera porque tú llegabas. Sola, contigo como único varón en su hogar, te crió a punta de correazos para que fueras un hombre de beneficio para ella, para tu mujer y para ti mismo. Nada puedes reprocharle. No la decepcionaste ni a ella ni a tu mujer.

Sigues el cortejo con desgano. De las tantas veces que has seguido el caminito al camposanto, ya ni levantas mirada para verlo. Sabes donde lo van a dejar: junto a su hija menor, Angelita, muerta junto con su bebé en el vientre apenas un año antes. Un dengue mal diagnosticado y peor medicado. Tal vez por eso Lucano había enfermado. Todos lo dicen. La tristeza no sana enfermedades, produce muertos. Pasas entre tumbas y crees reconocer a tu hijo yendo hacia una de las salidas laterales del cementerio. Lo llamas. Vas tras él, pero no te atiende. Es él. Lo reconoces. Su paso firme, a prisa y los puños apretados te indica que está molesto. Contigo todavía. Vuelves el rostro a la vereda por la que regresaba. La sigues. Hasta la tumba de ella, su madre. Hay flores en la lápida y una veladora encendida. Te sientas a su lado. Acaricias el nombre grabado. Su fecha de nacimiento y muerte. Bajas la cabeza. Quieres llorar. Quieres llorarla de nuevo, pero no puedes y eso te causa rabia.

Notas entonces la veladora que chirría quemando la cera en la tumba del al lado. Apartas las hojas secas que esconden el nombre del que está demasiado cerca de tu esposa.

Echas el cuerpo atrás. Lees tu nombre en la lápida. Tu fecha de nacimiento y muerte, tan solo un mes después que ella. Llevas tus manos a la cabeza. Duermes y sueñas. Sí. Sales corriendo del camposanto. Debes alcanzar a tu hijo. Debes hablarle, arreglar las cosas con él. Entras apremiante a la casa. Gritas el nombre de tu hijo: ¡Eliseo! Él no te atiende. No quiere hablar contigo, pero tú sí. Recorres la casa, buscándolo, llamándolo. Entras y sales de piezas, recámaras. Te frenas de pronto. Sientes que estás a punto del colapso; que caerás como fulminado por un rayo. En la penumbra de aquella habitación, descubres un cuerpo que cuelga de una de las fuertes vigas del techo. Corres a él, te abrazas angustiado a sus piernas, llamando a gritos al mundo entero para que te ayuden a descolgarlo. Crees que es tu hijo. El dolor te abruma. Sales de ahí yendo de aquí para allá como fiera enjaulada. Un estruendo en el cielo te detiene. Su luz te impulsa. En tu mente, el rostro pálido de tu Petrita amada. Sales, recorres a trancos el amplio portal y te pierdes por una puerta negra. Cuando sales, en tu mano aprietas un manojo de cuerda. Si alguien hubiese visto tu mirada de ese momento lo habría comprendido todo. Te encierras en su habitación. Dos días después, Eliseo, tu hijo, te encuentra ahí mismo, colgado de una de las fuertes vigas. Estás muerto. Como ella. Como todos a los que has enterrado en ésta mitad de año. Pensaste que así estarías de nuevo con ella. Pero te has equivocado. Lo comprendes. Cada vez lo comprendes, pero entonces tu frustración y rabia contigo mismo es tanta que te niegas a aceptarlo. Lo olvidas. Lo desechas como un mal recuerdo, hasta que te cruzas otro año más con tu hijo; notas su coraje y vuelves a la tumba de ella y la tuya; en un círculo vicioso eterno.